



Marcela Croce (2023)
Comparatismo contrastivo.
Manual para una práctica urgente
Vera Cartonera. ISBN: 978-987-692-349-1

Gonzalo Córdoba Saavedra

 <https://orcid.org/0000-0002-9670-5659>

Centro de Literatura Comparada
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo
gcordobasaavedra@gmail.com
Argentina



Marcela Croce es una intelectual curiosa que ha trabajado sobre diversos objetos de estudio. Es doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires y se desempeña como profesora asociada de la cátedra Problemas de Literatura Latinoamericana (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires). Ha dirigido diversos proyectos de investigación, entre ellos uno que dio como resultado los seis tomos que componen la *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña* (publicados entre 2016 y 2019 por Eudvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María). Ha sido conferencista y profesora invitada en universidades de Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, España e Italia. Como

autora, ha publicado más de una veintena de libros, entre los que se destacan, además de la colección mencionada, *Contorno. Izquierda y proyecto cultural* (1996), *Oswaldo Soriano, el mercado complaciente* (1998), *David Viñas: crítica de la razón polémica* (2005), *La seducción de lo diverso* (2014) y *Latinoamérica: ese esquivo objeto de la teoría* (2018). Además, ha organizado las compilaciones *Polémicas intelectuales en América Latina* y *La discusión como una de las bellas artes*. Escribe regularmente ensayos culturales y biográficos, organiza antologías y ha anotado una serie de títulos y autores clásicos para Eudeba, la editorial de la Universidad de Buenos Aires. Recientemente ha coordinado la edición de *Manuela Sáenz. Formación de una revolucionaria latinoamericana en el siglo XIX*, obra editada por Ediunc (Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo), que incluye una conferencia hasta ahora inédita de Arturo Roig.

A fines de 2023 publicó *Comparatismo contrastivo. Manual para una práctica urgente*, un breve ensayo acerca de la necesidad de crear una metodología crítica latinoamericana en el marco epistémico del comparatismo, con el objetivo de eludir la visión colonial que abunda en buena parte de la teoría escrita en los centros hegemónicos del saber, pero sin renegar de los antecedentes y el origen de la disciplina. Este volumen fue publicado por Vera cartonera, editorial de la Universidad Nacional del Litoral, en diciembre de 2023, y se encuentra disponible para descarga gratuita desde la *web* de la editorial. Con motivo de esta publicación pudimos comunicarnos con la autora, por medio del correo electrónico, durante noviembre de 2024 (Córdoba Saavedra, comunicación personal, 10 de noviembre de 2024):

—Comparatismo contrastivo es *un libro que pone en evidencia ciertos asuntos problemáticos en el ámbito de la Literatura Comparada, tales como las implicancias del concepto de “influencia”. ¿Cómo percibe el estado actual de la Literatura Comparada en Argentina y en Latinoamérica? ¿Cuáles le parecen las líneas más interesantes que se están desarrollando y cuáles han quedado anquilosadas por una interpretación anclada en un tiempo que ya ha pasado?*

—No se puede generalizar respecto del modo en que se considera la literatura comparada en nuestros países. En la Argentina, por ejemplo, la impronta sigue siendo europeísta; basta mirar algunos programas de estudio o incluso los nombres de cursos o carreras que enfatizan la relación del comparatismo con las literaturas llamadas “centrales”. En Brasil, en cambio, el comparatismo dentro de la propia lengua se practica desde hace tiempo, de modo que las producciones brasileñas se comparan no tanto con las portuguesas sino con las de antiguas colonias de Portugal, como Angola o Mozambique. En tal sentido, la posición argentina no solamente está anquilosada sino que termina afiliada a prácticas colonialistas, respecto de las que han advertido numerosos pensadores; tal vez el ejemplo de Edward Said en *Cultura e imperialismo* sea el que está más a mano (y tiene el plus de que él mismo ocupó la cátedra de Literatura Comparada en Columbia). Hay dos riesgos correlativos en ese sentido: por un lado, el colonialismo intelectual, académico, según el cual hay que adherirse a modelos instalados en los que se reconocen como centros de producción intelectual; por el otro, la idea que prosperó en nuestros organismos de investigación según la cual la única lengua válida para las elaboraciones teóricas es en inglés.

—*Normalmente se señala el inicio de los estudios comparatistas con la aparición del concepto goetheano de Weltliteratur, o literatura mundial. Sin embargo, en*

Comparatismo contrastivo *menciona la existencia de referentes anteriores, concretamente en la Edad Media. ¿Podría explayarse sobre este punto y contarnos qué fuentes le permiten realizar tal afirmación?*

—Es cierto que el comparatismo como ejercicio profesional, por así decir, arraiga en la *Weltliteratur* goetheana, que implicaba una conciencia unificadora que no es la misma con la que se difundió. El punto de partida era una colección poética, el *West-Östlicher Divan*, que rastrea producciones de Oriente y Occidente, no establecía jerarquías entre los textos y convocaba a suprimir el criterio nacional que se imponía entre fines del siglo XVIII y principios del XIX en Europa. (Conviene recordar que *West-Östliche Divan* es justamente el nombre de la orquesta creada por Said y Daniel Barenboim para lograr una unidad árabe-israelí, con esa impronta goetheana). Pero la idea de la comparación como modo de conocimiento es bastante previa, y seguramente podría rastrearse más allá de mi modesta apelación al humanismo que no vacilaba en recuperar fuentes de diversas procedencias. Pero como el humanismo es, en sus inicios, un ejercicio filológico, me detuve en ese momento para evidenciar cómo la erudición medieval ya presuponía una comparación cultural e intersemiótica en la que se advierte una continuidad entre obras literarias y obras plásticas. Quien mejor lo desarrolló en el siglo XX fue Aby Warburg. Vaya como ejemplo el estudio sobre Botticelli en el que muestra cómo *El nacimiento de Venus* se desprende de la descripción que hace Angelo Poliziano de ese episodio. El pintor y el poeta formaban parte de un círculo florentino en el que el saber circulaba y generaba estos cruces. Pero como no quiero centrarme en textos puramente extranjeros, me propuse revisar el modo en que fue leído Warburg en América Latina y dio forma a una metodología local.

—El enfoque de Comparatismo contrastivo está basado en la apreciación de las diferencias propias de una región diversa como lo es Latinoamérica. Sin embargo, reconocer las diferencias no implica necesariamente establecer relaciones de igualdad entre sus componentes y esto podría redundar en una nueva subordinación entre sistemas literarios, lenguas, autores o mercados. ¿Cómo piensa usted que se debería proceder desde los estudios académicos para no replicar en nuestros trabajos esta noción jerárquica? Es decir, ¿cómo no establecer relaciones coloniales dentro de nuestra región?

—Creo que hay que comenzar con una revisión de los planes y los programas de estudio para llegar a una definición de América Latina que elimine ciertos presupuestos. En las clases, que es donde voy probando las hipótesis a partir del diálogo con los alumnos, me empeño en discutir ciertos conceptos que la propia América Latina ha generado para pensarse. Por ejemplo, el de “sistema literario”, que permite distinguir cuáles en el continente son “sistemas literarios” y cuáles son “literaturas”. Argentina, Brasil, Cuba, México, Perú tienen “sistemas literarios” con una relación evidente entre las obras y los fenómenos estéticos que permite trazar series. En otros recortes nacionales no existe esa posibilidad, pero sí hay figuras y producciones sobresalientes, aunque sin continuidad; tomemos el caso de Colombia, con grandes autores como Isaacs, Silva, Rivera o García Márquez, aunque no se presuponen ni mantienen un vínculo más que esporádico. ¿Eso significa que la producción colombiana es inferior a la de Perú o México? Por supuesto que no. Hay que erradicar nociones como superioridad o inferioridad y redefinir la periferia. También hay que borrar los esencialismos que dictan que Perú o México deben ser más indigenistas, el Caribe más negrista y el Río de la Plata más cosmopolita. Creo que es una buena época para hacerlo porque esas tradiciones están relativamente apaciguadas

ahora; los jóvenes las conocen menos o no las tienen interiorizadas, y eso favorece desprenderse de ellas.

—*Usted resalta en Comparatismo contrastivo la necesidad de superar el concepto de nación. Guillén (1985) reconoce tres modelos para estudiar la supranacionalidad en el marco del comparatismo. ¿Cómo lograr este objetivo y qué implicancias tendría en los estudios literarios?*

—Eso es lo que he tratado de hacer en los programas de la materia que yo dicto en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, que se llama “Problemas de literatura latinoamericana”: reunir obras con criterios no nacionales sino estilísticos, temáticos, genéricos. Siempre queda un resabio de lo nacional: en parte, porque hay que considerar las coordenadas en las que se produce el texto, las referencias locales que arrastra; en parte porque procuro equilibrar obras de diversa procedencia, como para que haya una representación plural significativa. Pero apunto a recomponer un sistema literario latinoamericano, y en ese sentido los dos fenómenos mayores de la estética latinoamericana, el barroco y el modernismo, contribuyen de manera decisiva. Son momentos en que la nacionalidad de los autores no es relevante: Rubén Darío publica en Buenos Aires tras pasar por Chile (y ambos países dejan huellas en su producción; en cambio la presencia de la Nicaragua natal no es importante excepto en el volumen que da cuenta de un viaje de retorno en 1907); Sor Juana Inés de la Cruz es una figura que destaca más allá del impacto mexicano (era capaz de escribir villancicos en náhuatl y en otomí, pero también encaraba discusiones teológicas con el padre Vieira, afincado en Bahía y de lengua portuguesa; y es prácticamente copiada, más que recuperada, por Gregório de Matos, también en Bahía). Asimismo, para el orden supranacional es fundamental la contribución antillana, esa “comarca” --en la nomenclatura de Ángel Rama que fija regiones culturales-- de la que han salido los grandes

utopistas vernáculos: José Martí, Eugenio María de Hostos, Pedro Henríquez Ureña... y luego la Revolución Cubana con ese motor cultural fantástico que fue Casa de las Américas.

—El método comparatista contrastivo refleja un sentido luminoso, a la manera en que los filósofos de la liberación interpretaron la esperanza, como un acto de resistencia en el que se pone en juego la dignidad humana (Roig, 1993). En este marco, la creación de un método que responda a las necesidades de nuestra región es un acto esperanzador. ¿Qué horizonte avizora para América Latina, no solo en cuanto al desarrollo de la disciplina sino también en los planos político, cultural y social?

—No estoy en condiciones de profetizar, aunque me gustaría poder formular una propuesta como la de “La utopía de América” de Henríquez Ureña, que confiaba en la salvación por la cultura y en el papel de los estudiantes como fuerza política. Sí creo que las humanidades deben operar de manera coordinada, integrada; en tal sentido estoy proponiendo una metodología común a todas las humanidades en el continente, partiendo de una vieja idea de Alexander von Humboldt que retomó hace pocos años Graciela Silvestri: recuperar el valor de lo fluido, pensar la unidad latinoamericana no ya a partir de las tierras altas (como en el caso andino) sino a través del agua. Eso permite explicar el “Caribe transplatino” de Néstor Perlongher, por ejemplo, una formulación del neobarroco que atraviesa tanto la historia como la geografía. Y la idea de Roig de identificar a América con la calandria matutina, en lugar de hacerlo con el vuelo vespertino del búho de Minerva que Hegel elegía para Europa, me parece un producto de la razón luminosa que quisiera reivindicar.

—En un artículo previo a la publicación de Comparatismo contrastivo usted plantea la necesidad de una «teoría independiente para abordar la cultura latinoamericana»

(Croce, 2019, p. 26). *¿En qué medida Comparatismo contrastivo viene a suplir esa necesidad? ¿Cuál es la génesis de este proyecto y cuáles son sus proyecciones?*

—Hace muchos años me he preocupado por un tema que tiene varias aristas: por un lado, la capacidad de la lengua castellana para elaborar teorías; por otro, la necesidad de crear una teoría propia que, sin ignorar las que se han desarrollado en otros espacios, se enfoque en las condiciones vernáculas; por otro más (sin afán conclusivo), la apelación a intelectuales que marcaron el camino. Podría plantear una serie del siglo XX: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Ezequiel Martínez Estrada, Darcy Ribeiro, Antonio Candido, David Viñas, Ángel Rama... Me detengo en Rama porque hace 15 o 20 años era prácticamente descartado con acusaciones ridículas como la de “antimoderno” o “esquemático”, y sus ejercicios de comparatismo intraamericano recibían desprecio. El último año, acaso por el poder mágico de la efeméride (se cumplieron cuatro décadas de su muerte en 2023), hubo un *revival* que me genera recaudos, aunque celebro porque le otorga circulación a un intelectual que nunca debió haber recibido un trato tan despectivo. El comparatismo contrastivo parte de sus intuiciones brillantes y procura resolver algunos de sus errores (que responden sobre todo a cierto apresuramiento y a su voluntad sistematizadora), pero sobre todo procura instalar un método que no dependa de las academias centrales, que no sea otro producto de importación directa. Claro que es complicado, tanto porque a veces no contamos con un instrumental suficientemente refinado como porque cuesta mucho formar equipos intelectuales en una propuesta tan renuente a “las luces del centro”. Salir del *mainstream* acarrea el riesgo del aislamiento, pero esas son las dinámicas de los campos de investigación, ¿no?

—*Para finalizar, coméntenos en qué proyectos está trabajando actualmente.*

—Acaso retomando ese adjetivo que me atribuye Lilia Schwarcz en el prólogo a *Comparatismo contrastivo* debo decir que, como soy curiosa, difícilmente me concentro en una única línea. Ahora mismo estoy organizando una reunión que se llama “Latinoamericanistas a dos bandas” que, tras una alusión al billar que espera que el toque de bandas derive en carambola, constituye un encuentro entre latinoamericanistas de nuestra América y de Italia que se desarrollará en febrero de 2025. Me entusiasma mucho porque aquellos que han sido convidados están muy felices y comienzan a tramarse “parejas” de uno y otro lado del Atlántico con un tema, un autor o un género en común. Creo que será una ocasión magnífica porque nos hace mucha falta el diálogo que ha quedado sepultado bajo las exigencias burocráticas. Por otro lado puse en marcha, dentro del Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina (INDEAL) que dirijo en la UBA, un Gabinete de Traducciones que aspira a ocuparse no solamente de la traducción desde y hacia nuestro continente en sentido lato, sino también de políticas editoriales y de relaciones intersemióticas, apuntalando el componente interdisciplinario. El Gabinete aspira no solamente a ser un espacio de encuentro y de trabajo en equipos, sino también un repositorio de cada una de esas inflexiones. Pueden entrar a visitarlo en <http://indeal.institutos.filo.uba.ar/gabinete-de-traducciones>. Y sigo trabajando en el proyecto sobre crítica latinoamericana que inicié en 2020, ahora enfocado en los modos de recepción y “traducción” de corrientes críticas, que es la indagación que requiere el comparatismo contrastivo para demostrar que no constituye un esencialismo bienintencionado pero bobalicón, ni tampoco es “calco y copia”, algo sobre lo que ya previno hace un siglo otra figura luminosa nuestra, José Carlos Mariátegui.

El ensayo *Comparatismo contrastivo* es relevante en tanto interpela el quehacer comparatista, direcciona a repensar ciertas prácticas y a entrever posibles despliegues epistemológicos con el objetivo de crear un método válido para una región como Latinoamérica, que hace de la diversidad y la diferencia el factor de unión y cohesión. Comparatismo contrastivo cierra con una declaración de principios que pone punto final al bucle de la propuesta y puntos suspensivos a la creación de una herramienta: «Comencé recuperando el valor de la metáfora barroca para aproximarme a un referente huidizo; termino afirmando el oxímoron del rigor epistémico atenuado para defender un método que opera por afinidades electivas dentro de la fe laica del latinoamericanismo» (Croce, 2023, p. 48).

Bibliografía

Croce, M. (2019). Comparatismo cimarrón: un método supranacional. *El Hilo De La Fábula*, 19(17), 25-37. <https://doi.org/10.14409/hf.v0i19.8627>

Croce, M. (2023). *Comparatismo contrastivo. Manual para una práctica urgente* (L. Moritz Schwarcz, Pról.). Vera Cartonera. Colección Almanaque. ISBN: 978-987-692-349-1. <https://hdl.handle.net/11185/7201>

Guillén, C. (1983). Tres modelos de supranacionalidad. *Boletín de la Fundación Juan March*, (122), 3-16. <http://recursos.march.es/web/prensa/boletines/pdf/1983/n-122-enero-1983.pdf>

Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Crítica.

Roig, A. A. (1993). *Rostro y filosofía de América Latina* (O. Schutte, Estudio preliminar). Ediunc

Gonzalo Córdoba Saavedra es licenciado en Letras Modernas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (FFYL, UNCUYO) y diplomado en Gestión Editorial y Proyecto Cultural por el Centro Cultural para la Cooperación-Universidad de Buenos Aires (CCC-UBA). Es miembro del Centro de Literatura Comparada y profesor adscripto de Taller de Edición y Corrección de Textos (FFYL, UNCUYO). Actualmente, trabaja como editor y corrector en Ediunc.